

— LA —
RESTAURACIÓN
— DE —
ISRAEL

KEN LEBRUN

La restauración de Israel

Ken LeBrun

Prophecy Waymarks Publications

IMAGINEMOS la expectación de los once discípulos mientras Jesús los conducía al monte de los Olivos. Todas sus esperanzas anteriores de que su Maestro ejerciera su condición de Mesías habían terminado en desilusión. Pero eso había sido antes de su resurrección. ¿Qué podría impedir ahora el establecimiento del reino?

Así pues, «los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» Hechos 1:6.

Jesús respondió: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad». Versículo 7.

La pregunta presupone que Jesús efectivamente restauraría el reino a Israel. Para los discípulos no se trataba de si lo haría, sino de cuándo. Se preguntaban si había llegado ese momento.

Jesús no los desengañó de aquella suposición diciéndoles que el reino jamás sería restaurado a Israel; más bien, explicó que el momento en que ocurrirían tales acontecimientos estaba bajo la autoridad del Padre y que a ellos no les correspondía saberlo.

Pero detengámonos un momento. ¿Por qué habían de esperar los discípulos la restauración de Israel? Para empezar, ¿no era Cristo «Aquel de quien estaba escrito que había de “levantar las tribus de Jacob” y “restaurar al remanente de Israel”...? Isaías 49:6»? (El Deseado de Todas las Gentes, p. 63.)

Además, Jesús había declarado claramente: «Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel». Lucas 22:29, 30. Así, Jesús no solo confirmó la venida de un reino soberano, sino que reconoció dentro de ese reino a las doce tribus de Israel.

El testimonio de Gabriel

Otra razón para aquella expectativa fue la declaración de Gabriel a María: «Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Lucas 1:31-33. Por consiguiente, al recibir su reino, Jesús ascendería al trono de David. Reinaría sobre la casa de Jacob.

Era el mismo ángel que, 530 años antes, se había aparecido a Daniel junto al río Tigris (Hidekel), diciendo:

«He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días». Daniel 10:14. El propósito declarado de la profecía de Daniel 11 era mostrar lo que le sucedería al pueblo de Daniel en los postreros días. En ese capítulo, el ángel describió el surgimiento y la caída de reyes a lo largo de los siglos. Llegaría un tiempo, explicó, en que «los violentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero caerán». Ningún poder humano podría llevar a cabo el propósito que Dios había dispuesto para el pueblo de Daniel.

Después de delinear los acontecimientos políticos hasta el tiempo del fin, Gabriel finalmente llegó a su objetivo declarado: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro». Daniel 12:1. ¡El pueblo de Daniel será libertado! Pero ¿quién es el pueblo de

Daniel? Lo descubrimos en el capítulo 9. «Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento». Daniel 9:20-22. Entonces Gabriel explicó: «Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad». Versículo 24. Esa profecía de las setenta semanas anunciaba lo que inicialmente sucedería al pueblo de Daniel y a la ciudad santa. La profecía dada junto al río Tigris cuenta el resto de la historia: lo que le sucederá a su pueblo en los postreros días. Miguel se levantará en favor de ellos, y serán libertados.

El León de Judá

Apocalipsis 5 describe un libro con siete sellos en la mano derecha de Dios. A la pregunta «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?», se da la respuesta: «No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos». Apocalipsis 5:2, 5.

La respuesta está expresada deliberadamente de esa manera. Jesús venció como el León de la tribu de Judá y como la Raíz de David. Su victoria se presenta aquí como una victoria para la tribu de Judá y para la casa de David.

«El simbolismo del León de Judá se basa, por supuesto, en la promesa de gobierno hecha a la tribu de Judá (Gén. 49:9-10)». (Instituto de Investigación Bíblica, Symposium on Revelation, p. 220.)

«Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, así como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos». Génesis 49:9, 10.

El cetro no sería apartado de Judá, porque Siloh (Jesús) lo tomaría. «Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá». Hebreos 7:14.

El trono de David

Y en cuanto a David, Dios había prometido: «No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo». Salmo 89:34-37. No quebrantaré mi palabra, dice Dios. «No mentiré a David». Su descendencia y su trono perdurarán para siempre.

«La entronización del Cordero implica el restablecimiento de la dinastía davídica eterna prometida en el Antiguo Testamento. El Cordero es el Mesías prometido. Así, se entiende que Jesús restableció la dinastía davídica cuando proclamó la llegada de su reino». (Instituto de Investigación Bíblica, Symposium on Revelation, p. 220.)

En un comentario sobre Zacarías 6:13 encontramos una indicación del momento preciso en que Jesús

recibe el trono de David: «“Se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado”. No está ahora “sobre el trono de su gloria”; todavía no ha sido inaugurado el reino de gloria. Hasta que no termine su obra de mediador, Dios no le dará “el trono de David su padre”, un reino del cual “no habrá fin”. Lucas 1:32, 33. Como sacerdote, Cristo está sentado ahora con el Padre en su trono. Apocalipsis 3:21. En el trono, con el Ser eterno que existe por sí mismo, está Aquel que “llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores...”». (El conflicto de los siglos, p. 416.)

Por lo tanto, Jesús está ahora sentado con su Padre en el trono del Padre. Pero cuando «termine su obra de mediador», entonces recibirá el trono de David, su padre.

Al ángel de la iglesia de Filadelfia, Jesús le declaró: «Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar». Apocalipsis 3:7, 8.

¿Qué es esta llave de David? Encontramos la respuesta en Isaías 22:22: «Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá». ¡La llave de la casa de David está ahora en posesión de Jesús!

A Sedequías, el último rey de Judá, Dios le había dicho: «Y tú, profano e impío príncipe de Israel, cuyo día ha llegado ya, el tiempo de la consumación de la maldad, así ha dicho Jehová el Señor: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así; sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto. A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré». Ezequiel 21:25-27.

La corona le fue quitada a Sedequías, y el dominio sobre Judá fue trastornado una y otra vez, tal como se había profetizado. Aquella corona perdida quedaría reservada para Aquel a quien le corresponde por derecho.

«“Depón la tiara”, declaró el Señor, “quita la corona”. Judá no volvería a tener rey hasta que Cristo mismo estableciera su reino. “A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré”, fue el decreto divino acerca del trono de la

casa de David». (Profetas y reyes, p. 451.)

Pero el León de la tribu de Judá vencería, y a él se le darían la corona del reino de Judá y el trono de la casa de David.

Jeremías dio mayor seguridad de ello: «He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra. En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: Jehová, justicia nuestra. Porque así ha dicho Jehová: No faltará a David varón que se sienta sobre el trono de la casa de Israel». Jeremías 33:14-17.

«Así ha dicho Jehová: Si pudiereis invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de tal manera que no haya día ni noche a su tiempo, podrá también invalidarse mi pacto con mi siervo David, para que deje de tener hijo que reine sobre su trono». Jeremías 33:20, 21. La promesa de Dios a David era tan inmutable como el día y la noche.

«Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ¿No has echado de ver lo que habla este pueblo, diciendo:

Las dos familias que Jehová escogió, las ha desechado? Así han tenido en poco a mi pueblo, como si ya no fuera una nación delante de ellos. Así ha dicho Jehová: Si no permanece mi pacto con el día y la noche, si yo no he establecido las leyes del cielo y de la tierra, entonces desearé la descendencia de Jacob y de David mi siervo, para no tomar de su descendencia quien sea señor sobre la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob; porque haré volver sus cautivos y tendré de ellos misericordia». Jeremías 33:23-26.

Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, las multitudes clamaban: «¡Hosanna al Hijo de David!» (Mateo 21:9); «¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor!» (Lucas 19:38); «¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene en el nombre del Señor!» (Marcos 11:10). Cuando los fariseos dijeron a Jesús que reprendiera a la multitud, él respondió: «Os digo que si estos callaran, las piedras clamarían». Lucas 19:40. Así, Jesús confirmó lo que proclamaban las multitudes. Él, tal como Dios había prometido, restauraría el reino de David.

Natanael, de quien Jesús declaró que no había engaño, testificó: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey

de Israel». Juan 1:49. Y sobre la cabeza de Cristo crucificado se escribieron las palabras: «JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS». Juan 19:19. Habiendo vencido en favor de ellos, ahora era el legítimo heredero de su trono.

Taylor Bunch lo expresó bien: «Cristo “vino de Judá” y, por ser “el Hijo de David”, ocupará el trono de David, vacante desde hace tanto tiempo, y reinará para siempre... Su victoria en el Calvario le dio autoridad para abrir la casa de David... Por consiguiente, solo él puede romper los sellos del rollo de los acontecimientos que conducen al reinado del “León de la tribu de Judá”». (The Revelation, p. 19.)

Cuando Miguel se levanta

¿Cuándo asume Cristo efectivamente esta realeza?

«Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será

destruido». Daniel 7:13, 14.

Esta venida de Jesús al Anciano de días corresponde al momento en que entró en el lugar santísimo del santuario celestial para comenzar la obra del juicio investigador. Y el resultado de ese proceso es el reino que Jesús recibe al concluirlo. Esto respalda el comentario citado anteriormente: «Hasta que no termine su obra de mediador, Dios no le dará “el trono de David su padre”, un reino del cual “no habrá fin”. Lucas 1:32, 33». (El conflicto de los siglos, p. 416.)

Ese es, por supuesto, el mismo momento descrito en Daniel 12:1: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro».

Los discípulos se preguntaban cuándo restauraría Jesús el reino a Israel. Lo hará al terminar el tiempo de gracia para la humanidad, cuando se levante para cumplir su promesa a David.

Israelitas de verdad

Con frecuencia se da por sentado que la Iglesia cristiana suplanta y reemplaza a la nación judía como pueblo del nuevo pacto de Dios. Pero, bíblicamente, existe una explicación mejor. En vez de trazar una línea divisoria entre el Israel nacional (la nación judía) y lo que se ha denominado Israel espiritual (la Iglesia), encontramos un contraste más significativo entre el Israel nominal y el verdadero Israel dentro de la propia nación judía, incluso antes de la cruz. Jesús se refirió a Natanael como «un verdadero israelita» (Juan 1:47). Esto respalda la afirmación de Pablo de que «no todos los que descienden de Israel son israelitas» (Romanos 9:6). Ser un verdadero israelita requería poseer ciertas cualidades que no todos los judíos tenían por naturaleza. A Jacob se le dio el nombre de Israel, que significa «príncipe de Dios», cuando había «luchado con Dios y con los hombres» y había «vencido» (Génesis 32:28). Pablo reconoció esta cualidad al decir: «No es judío el que lo es exteriormente... sino que es judío el que lo es en lo interior» (Romanos 2:28, 29). Esta distinción no se originó en la cruz. Siempre había existido, separando al verdadero Israel de Dios del Israel nominal a lo

largo de su historia.

Todos son bienvenidos

El cristianismo no crea un nuevo cuerpo de verdaderos creyentes que reemplace al antiguo; en cambio, conforme a una disposición existente en Israel para incorporar a los gentiles, el evangelio revitaliza al auténtico Israel y lo hace avanzar hacia el cumplimiento de sus propósitos originales.

Pablo declaró que «los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio» (Efesios 3:6). Esta incorporación de los gentiles al cuerpo de Israel se subraya en Isaías 56: «Y el extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: Me apartará totalmente Jehová de su pueblo». Isaías 56:3.

«Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el sábado para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración

para todos los pueblos». Versículos 6, 7.

El olivo

Refiriéndose a Israel, Jeremías escribió: «Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer, llamó Jehová tu nombre. A la voz de gran estrépito hizo encender fuego sobre él, y quebraron sus ramas». Jeremías 11:16.

Pablo explicó el significado de esto a los cristianos gentiles: «Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. Y aun ellos, si no

permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?» Romanos 11:17-24.

Cuando los gentiles vienen a Cristo, su árbol de origen no reemplaza por ello al árbol judío. No; como ramas, son tomados de su árbol natal e injertados en el árbol judío. Así se identifican con Israel, no reemplazándolo, sino uniéndose a él.

Tenemos un ejemplo de esto en la historia de Rut. Cuando Noemí la instó a regresar a su propio pueblo moabita, Rut respondió: «No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios». Rut 1:16.

Rut no fundó una nueva religión. Llegó a formar parte de Israel. En las palabras que dirigió a su suegra judía, se identificó con «tu pueblo». De esa misma manera, nosotros, los gentiles, podemos ser incluidos entre «tu pueblo» (Daniel 12:1). La iglesia gentil no reemplaza

a la nación judía, pues «la salvación viene de los judíos» (Juan 4:22).

Esto explica por qué, cuando el reino de Cristo finalmente esté constituido y sus siervos sean sellados en la frente, los súbditos de su reino serán identificados como las doce tribus de Israel (Apocalipsis 7:4-8). El sellamiento de las doce tribus marca el fin del tiempo de gracia para la humanidad. En ese momento Jesús recibe el trono de David y la realeza de la casa de Judá. Puesto que ese es el reino que se propone gobernar, todos sus súbditos pertenecerán a Israel. Porque «si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa» (Gálatas 3:29). «Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos». Mateo 8:11. Porque si «Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras» (Lucas 3:8), ciertamente puede hacer que dejemos de ser «extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Efesios 2:19).

«Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados

incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación». Efesios 2:11-14.

Desde la cumbre del monte Nebo, Moisés recibió una visión profética del glorioso futuro de Israel: «Vio que, aunque el pueblo de Israel... había dejado de ser la luz del mundo, aunque había despreciado la misericordia de Dios y perdido las bendiciones que le correspondían como pueblo escogido, Dios no había desechado a la descendencia de Abraham; los gloriosos propósitos que se había propuesto cumplir mediante Israel se realizarían. Todos los que por medio de Cristo llegaran a ser hijos de la fe serían contados como descendientes de Abraham; serían herederos de las promesas del pacto;... Moisés vio la luz del evangelio que resplandecía por medio de los discípulos de Jesús sobre los que “habitaban en tinieblas” (Mateo 4:16), y a millares de personas de las tierras de los gentiles que acudían al resplandor de

su nacimiento. Al contemplarlo, se regocijó por el crecimiento y la prosperidad de Israel». (Patriarcas y profetas, p. 476.)

El nuevo pacto

En su «Sermón sobre los dos pactos», de 1875, J. N. Andrews escogió como texto Hebreos 8:10: «Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré».

Luego desarrolló este pensamiento: «El lenguaje de la inspiración es muy explícito al declarar que el nuevo pacto se hace con el mismo pueblo que fue objeto del antiguo pacto. Así, Jeremías, hablando en nombre del Señor, dice: “Haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá” [Jeremías 31:31]. Y al añadir: “No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto” [versículo 32], vuelve a aludir al hecho de que el nuevo pacto se hace con el pueblo hebreo. Una vez más, identifica al pueblo hebreo cuando dice: “Este es el pacto que haré con la casa de Israel” [versículo 33]. Pablo, por su parte, cita extensamente en Hebreos 8

toda esta declaración de Jeremías acerca de los pactos antiguo y nuevo, hechos ambos con el pueblo hebreo. Y, como si esto no fuera suficiente, en Romanos 9:4, 5 hace una afirmación que responde exactamente a la cuestión. Dice así de los hebreos: “Que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”. De esto se desprende que todo lo valioso que Dios ha dado al mundo ha llegado por medio del pueblo hebreo, o mediante su instrumentalidad. Quienes así lo decidan pueden aventurarse a despreciar la ley de Dios por haber sido dada a los judíos, y a rechazar a Cristo por haber venido de los judíos; pero hay algo que no pueden hacer. No pueden decir: “Aceptamos el nuevo pacto porque corresponde a los gentiles, mientras que el primer pacto, la ley y lo demás correspondían a los judíos”. No puede establecerse tal distinción. Ambos pactos corresponden al pueblo hebreo, según la declaración explícita de Pablo; y tanto Jeremías como Pablo —o, más bien, el Espíritu de inspiración que habló por medio de ellos— dicen que ambos fueron hechos con Judá e Israel». («Sermon on the Two

Covenants», 4.1.)

Andrews amplía este concepto: «Los gentiles llegaron a participar de las cosas espirituales que Dios, con sabiduría y justicia, había puesto en manos de Israel. Romanos 15:27. Pero al ser acercados por la sangre de Cristo, Pablo dice de quienes eran gentiles “en otro tiempo” (pero ya no lo son) que dejaron de ser “extranjeros y advenedizos” para convertirse en “conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”. Ya no eran gentiles, sino israelitas. Llegaron a compartir el nombre y las riquezas de Israel. Y es mediante esta adopción en la ciudadanía de Israel como llegaron a participar de las bendiciones del nuevo pacto». (J. N. Andrews, «Sermon on the Two Covenants», 11.2.)

«Y son deudores a ellos». Romanos 15:27.

La raíz de Isaí

Al señalar las raíces davídicas del Mesías, Isaías escribió: «Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces». Isaías 11:1.

«Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa». Versículo 10.

Por lo tanto, la esperanza de los gentiles descansa en buscar la raíz de Isaí. Al recibir a Cristo, se unen de ese modo a su pueblo.

A continuación viene esta promesa: «Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo». Versículo 11.

El remanente de su pueblo

«El remanente de su pueblo» no guarda relación con el actual país de Israel en Oriente Medio. Ese llamado «Israel» es un Estado artificial creado por el hombre. Dios no les ha hecho promesas, pues sigue vigente el decreto: «Esto no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho». Ezequiel 21:27. Cristo aún no ha sido entronizado en su reino. Ningún país de la tierra, ningún rey ni primer ministro, puede reclamar esa corona.

El remanente bíblico se describe en Apocalipsis 12:17. Guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo. Es el remanente de la mujer presentada en Apocalipsis 12:1.

Pero observemos cuidadosamente quién es esa mujer. La mujer descrita en Apocalipsis 12:1 es la nación original de Israel. Su corona de doce estrellas la identifica con los hijos de Jacob (véase Génesis 37:9, 10) y, por consiguiente, con las doce tribus de Israel. No puede representar a la iglesia cristiana, porque la iglesia todavía no había sido establecida cuando nació Jesús (Apocalipsis 12:2-4). Es la hija de Sion la que es comparada con una mujer hermosa y delicada (Jeremías 6:2).

El «resto de la descendencia de ella» (Apocalipsis 12:17) es precisamente el resto de su descendencia. Como conciudadanos por adopción, estos guardadores de los mandamientos son reconocidos como el verdadero remanente de Israel. La restauración del sábado en el tiempo del fin es llevada a cabo por «los tuyos» (Isaías 58:12, 13), es decir, por «la casa de Jacob» (Isaías 58:1), a la cual se promete «la heredad de Jacob tu padre» (versículo 14).

Las promesas al Israel del Antiguo Testamento

Cuando comprendemos que, por la sangre de Cristo, los gentiles creyentes son injertados en el tronco original de Israel, empezamos a reconocer que todas las promesas del Antiguo Testamento hechas a Israel «son Sí, y en él Amén» (2 Corintios 1:20). No son anuladas ni asignadas a otro pueblo.

Isaías escribió: «Y vendrá el Redentor a Sion, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice Jehová. Y este será mi pacto con ellos, dijo Jehová». Isaías 59:20, 21.

«Con ellos» se refiere aquí a «los que se volvieren de la iniquidad en Jacob». Esta profecía se dirige específicamente a los hijos del Israel bíblico, y a ellos se les hace a continuación una predicción gloriosísima: «Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos alrededor y mira, todos

estos se han juntado, vinieron a ti... Entonces verás, y resplandecerás; se maravillará y ensanchará tu corazón, porque se haya vuelto a ti la multitud del mar, y las riquezas de las naciones hayan venido a ti». Isaías 60:1-5.

«Y extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán; porque en mi ira te castigué, mas en mi buena voluntad tendré de ti misericordia. Tus puertas estarán de continuo abiertas, no se cerrarán de día ni de noche, para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones, y conducidos a ti sus reyes». Isaías 60:10, 11.

«Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra; renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme». Isaías 60:21.

Por medio del Mesías de Israel y legítimo heredero de David, Dios cumplirá las gloriosas promesas que hizo al antiguo Israel. El León de la tribu de Judá tomará el trono y su reino cubrirá la tierra. La ciudadanía de ese reino está disponible únicamente para quienes decidan ser súbditos del Rey de Israel.

«Así, el propósito de Dios para Israel alcanzará un cumplimiento literal. Lo que Dios se propone, el

hombre no tiene poder para anularlo. Aun en medio de la obra del mal, los propósitos de Dios han avanzado constantemente hacia su cumplimiento... El vidente de Patmos, mirando a través de los siglos hasta el tiempo de esta restauración de Israel en la tierra renovada, testificó: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”». (Profetas y reyes, pp. 720, 721.)



Prophecy Waymarks Publications